

ECONOMIA Y ELECCIONES EN MEXICO

David Ibarra
Comida Generación 53
Club France
Noviembre 30 de 2017

La situación económica de México enfrenta una serie de dilemas que necesitan despejarse más o menos simultáneamente y con alguna urgencia. El producto interno ha venido oscilando después del tropiezo de la crisis de 2008 hasta estabilizarse en poco más del 2% de crecimiento anual medido en pesos. La inversión es baja con respecto a la evolución de la demanda agregada, sin rebasar entre el 20% y el 23% del producto. Un factor de debilitamiento reside en la evolución negativa de la inversión pública que desde hace cinco años se reduce hasta representar apenas un sexto del total. El balance presupuestario se ha mantenido alrededor del 2.5%-3.6% (2011-2016) del producto, con cierto acrecentamiento del endeudamiento neto del sector público del 29% al 43% del propio producto. Si esas cifras se comparan con las del grueso de los países industrializados, se podría sostener que todavía hay márgenes en el endeudamiento estatal. La cuenta corriente de la balanza de pagos muestra saldos negativos en ascenso moderado del 1% al 2.7% del producto entre 2008 y 2016. Sin embargo, esas cifras no se compadecen del deterioro acusado del tipo de cambio con una depreciación del 90% entre esos años. Entonces, cabe reconocer que la combinación de apertura de la cuenta de capitales y tipo de cambio flotante no acrecienta sino reduce la autonomía de la política monetaria frente a las fluctuaciones internacionales. Por eso, ahora se busca desesperadamente controlar con menor crecimiento la inflación importada.

La economía ya ofrece reducción de los ingresos *per capita*, no sólo en dólares,¹ sino en pesos. En efecto, si se suman las tasas de crecimiento demográfico (1.1%) y la de la productividad esperada (1.2%-1.5%), todo indica que un ritmo de expansión del producto

¹ Las devaluaciones explican una caída en el producto total medido en dólares del 25% entre 2014 y 2016.

de alrededor del 2% no basta para evitar el descenso del bienestar medio de la población, singularmente cuando la inversión es baja, se instrumentan recortes al gasto público —con fines antiinflacionarios y de la balanza de pagos— y prevalece una alta, insostenible concentración del ingreso (60% más del producto es absorbido por el 10% de la población más rica). Por eso, la otra gran falla de la estrategia económica nacional consiste en deshumanizar el desarrollo.

La búsqueda incesante de equilibrios múltiples en la inflación, el presupuesto, la balanza de pagos, el endeudamiento, convergen en multiplicar restricciones, en explicar el mediocre ritmo de desarrollo del país desde comienzos de la década de los setenta; y explican también el descuido en el logro de otro equilibrio, ese sí fundamental, el de una equidad distributiva socialmente aceptable que, además, no enflaquezca la demanda ni comprima el crecimiento. Nuestra estrategia económica responde más al apego o a las imposiciones del orden económico internacional y del neoliberalismo, que a exigencias de autonomía propia para resguardar los intereses nacionales y proteger parejamente a los ciudadanos.

Aquí cabe un paréntesis para incorporar otro problema amplificador de la incertidumbre nacional, el de la renegociación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte. En 2012 el saldo comercial positivo con los Estados Unidos de casi 103 miles de millones de dólares fue absorbido por los saldos negativos en Asia, 96.4 miles de millones (China, tenía más de la mitad) y Europa 19.0. En 2016, la primera cifra arrojó 123 miles de millones de dólares positivos y las negativas 118.4 y 23.0, respectivamente (sólo China subió a 64.1 negativos).

La renegociación del TLC fácilmente puede transformarse, como se dijo, en fuente mayúscula de incertidumbre y de estorbo al desarrollo. Aparte de las peculiaridades negociadoras y de las iniciativas del presidente Trump, hay realidades difíciles de soslayar. El objetivo norteamericano central consiste en reducir sus déficits comerciales. Los Estados Unidos presentan desajustes significativos de pagos que suman en el periodo 1990-2016 más de 10.5 miles de millones de dólares. En igual lapso, China, Alemania y Japón tienen

superávits acumulados de 5.3, 2.7 y 3.5 miles de millones de dólares.² Siendo altos esos desacomodos mundiales no podrían seguir indefinidamente.

Aquí surge un dilema macroeconómico. Si el TLC se descarta o si la negociación lleva a reducir sensiblemente el superávit mexicano, ello nos forzaría a una combinación de medidas: devaluar seguramente con menor crecimiento y más inflación, renegociar en cadena otros tratados de libre comercio o restringir deliberadamente las importaciones. Por supuesto también podrían emprenderse otras acciones: diversificación del comercio, celebrar convenios sobre inversión extranjera con los países donde registramos los mayores déficits, pero aquí, en el mejor de los casos, sólo se concretarían resultados a mediano y largo plazos.

Asimismo, en el terreno económico parece claro que la estrategia sea neoliberal o de crecimiento hacia afuera, está en la fase de rendimientos a la baja. El crecimiento mundial está decayendo;³ los sectores exportadores de los países se encuentran en situación análoga;⁴ además, las oscilaciones en las corrientes de capitales originan problemas inflacionarios, de balanza de pagos y presupuestarios que ponen en jaque a las políticas macroeconómicas y monetarias individuales; por otro lado, en varios países líderes parecen cobrar vida políticas proteccionistas, de reducción de la tributación progresiva y de consolidación fiscal que, a la par de acentuar los ya graves problemas distributivos, reducirían todavía más los estrechos márgenes de acción contracíclica y de crecimiento de las naciones en desarrollo. Las reflexiones previas llevan a pronosticar cambios o resquebrajamientos de las normas del orden internacional que convendría anticipar en previsión de los ajustes internos que suscitarían.

² Los desajustes con México representan entre el 15% y 20% de ese total.

³ Entre 1956 y 1973 el ritmo de ascenso del producto mundial fue del 5%, cifra que se reduce al 3.3% de 1979 a 2016.

⁴ La tasa de crecimiento del comercio internacional cae del 6.4 al 3.0% anual entre 1999 y 2008 con respecto a 2004–2018.

La situación política nacional muestra por igual deterioro al desdoblarse la desigualdad en corrupción, impunidad, criminalidad, descrédito, fragmentación de los partidos políticos y relegamiento de demandas justificadas de la población. Las desigualdades sociales resultan magnificadas por las desigualdades materiales y la inseguridad hasta afectar a la misma democracia. Ya hay necesidad insoslayable de legitimar las acciones públicas por la vía de unir a gobierno y sociedad.

A esa situación incierta vienen a sumarse los efectos de sismos y huracanes. Debe reconocerse que esos fenómenos hieren con particular intensidad a los grupos pobres de la población, los más expuestos y numerosos, por disponer de menores capacidades para compensar daños hasta transformarlos en problemas esencialmente sociales.

Frente a la complejidad y origen diverso de los problemas acumulados y todavía vivos que nos aquejan, debiera adoptarse sin sujeciones, con mayor autonomía, un modelo de política enfocado a lograr desarrollo y empleo sostenidos, a compensar las debilidades de la apertura indiscriminada de mercados y a descargar a la población pobre de sobrellevar siempre el costo de los ajustes económicos. En cualquier caso, las fallas inocultables de las estrategias de casi el último medio siglo, aunadas a los daños de fenómenos naturales recientes y al cambio norteamericano de políticas, justifican emprender reformas, esta vez, de entraña verdaderamente estructural que atiendan tres objetivos centrales: crecimiento, empleo y combate a la desigualdad. Avanzar gradualmente en esa dirección implica intensificar la acción desarrollista gubernamental, aceptar la complementariedad, no la oposición, de Estado y mercado, instrumentar políticas decididas de industrialización que asocien a empresarios, trabajadores y Estado; hacer de la inversión pública, ingrediente creador de economías externas e impulsor de la formación privada de capitales. Por lo demás, el salir del estancamiento facilitaría combatir con mejor fortuna la impunidad, corrupción y criminalidad que nos atenazan.

El último factor presente de complicación es la proximidad de la contienda electoral. En general, el fracaso de las políticas económicas en sacar al país de la inseguridad, de un estancamiento casi secular y el de las políticas sociales en abatir la creciente desigualdad, así como en ofrecer protecciones mínimas a la población, han venido erosionando el prestigio de los partidos políticos tradicionales.

Una globalización mercantil sin raíces democráticas, acompañadas de estrategias internas que soslayan las demandas populares, inevitablemente llevan a empobrecer la equidad social, a fomentar el descontento ciudadano. En efecto, al quedar los sistemas nacionales condicionados a criterios tecnocráticos, ideológicos o de orden global, surgen déficits democráticos que se traducen en desconfianza ciudadana, en deslegitimación gubernamental. Desde 1970 ocurre frecuente fragmentación de los partidos políticos tradicionales, caída en el volumen de votantes, aún en los comicios de las potencias líderes y multiplicación de elecciones poco concurridas. Al propio tiempo, es bastante común la reducción de la membresía de los partidos políticos en relación al tamaño de los electorados, mientras los comicios se tornan volátiles, propensos al populismo, no afianzados en posturas ideológicas sólidas. La debilitada voz popular carcome la salud social de los países en tiempos donde, en respuesta angustiosa, gana terreno el respaldo ciudadano a los derechos humanos.

Los sorprendentes resultados de algunos comicios y plebiscitos tienen repercusiones que se trasminan hasta al orden económico y político internacional, complicando con ingredientes políticos los desequilibrios económicos a la par de multiplicar los factores de incertidumbre, aunque luego abran esperanzas al cambio progresista. En todo caso, el Brexit, el triunfo de Trump o los significativos contratiempos del PRI en las pasadas elecciones intermedias de México, tienen denominadores comunes, expresan la insatisfacción de amplios grupos sociales agobiados por el abandono, la pobreza o la corrupción, al quedar excluidos del juego democrático medular.

En el caso específico de las próximas elecciones mexicanas, se plantean dilemas de difícil solución. La dominación priísta de antaño se ha transformado en segmentación partidaria, donde las tres principales organizaciones (PRI, PAN, con o sin frente electoral y Morena) ampararían fluctuantes tercios de los votantes. Así, por lo pronto, los comicios, anticipan una lucha intensa entre los participantes y luego, ya definido el ganador, dificultades para la concertación y unidad necesarias en respaldo a las políticas de

gobierno.⁵ En la contienda electoral no sólo se competirán los principios, ideología y prelações —frecuentemente desconocidas— de los participantes, sino el desprestigio comparativo de los partidos políticos atribuible a distintas causas, fracasos, desapego social e incluso a ataques puramente políticos.

La fragmentación, con debilitamiento de los partidos políticos tradicionales viene desde tiempo atrás como manifestación del descontento de miembros y ciudadanos. Participantes del viejo PRI, formaron al PRD. Después, separaciones de este último contribuyeron a dar nacimiento al Movimiento de Regeneración Nacional (Morena). Orígenes semejantes han hecho surgir a otras agrupaciones como el Partido del Trabajo, Convergencia Ciudadana o Nueva Alianza. Un fenómeno hermanado, pero distinto, es la aparición de las candidaturas independientes o la segregación de militantes individuales. Aquí, pese a los duros requisitos jurídicos de inscripción, los aspirantes han venido proliferando. Los casos más significativos son los del gobernador de Nuevo León (Jaime Rodríguez) y el presidente municipal de Guadalajara (Enrique Alfaro), así como los de Margarita Zavala y de Armando Ríos Piter. Sin contar los numerosísimos, cientos, de candidatos independientes a senadurías, diputaciones, gubernaturas y presidencias municipales, se han registrado 48 candidaturas de ese género a la presidencia de la República.⁶ Ello atestigua, desde otro punto de vista, la insatisfacción con los partidos políticos y, en sentido democrático, el desgranamiento persistente de la hegemonía del PRI.

Erosión y fragmentación partidaria vienen conduciendo a establecer distintas estrategias electorales. El PRI parece fomentar la pulverización del voto opositor, alentando o uniéndose a partidos menores y candidaturas independientes. El PAN con el PRD y Convergencia Ciudadana, procuran integrarse en un frente ciudadano con la esperanza de superar el voto duro del PRI. De su lado, Morena lucha por acrecentar el voto popular que parece favorecerle hasta situarlo a la cabeza de las encuestas electorales, pero también por buscar nuevas alianzas, además de la del PT. Las agrupaciones menores, intentar participar

⁵ Remediar formalmente esta última ha llevado a formular distintas propuestas, entre las que destaca la de crear una segunda vuelta electoral.

⁶ El escollo de reunir un gran número de firmas de apoyo ha suscitado la tentación de adherirse a los pequeños partidos políticos, por ejemplo, Margarita Zavala a Encuentro Social y Moreno Valle a Nueva Alianza.

en vinculaciones alianzas electorales cambiantes que les permitan mantener su registro y sacar el mayor provecho político posible.

El Frente Ciudadano por México tiene un doble problema. Compatibilizar ideologías encontradas entre sus miembros para establecer y, en su caso, instrumentar un programa de gobierno hasta configurar una alianza que no sea simplemente electoral y, de inmediato, decidir lo más democráticamente posible su candidatura a la Presidencia de la República,⁷ so pena de correr el riesgo de desmoronarse.⁸ En ese evento, la contienda electoral podría simplificarse —dos en vez de tres competidores—, aunque casi inevitablemente el PAN se aproximaría a llenar el hueco.

Vaya un último comentario, salvo Morena, el resto de los partidos políticos todavía no han hecho públicos sus principales planteamientos ideológicos, la estructura de sus futuros programas de gobierno, ni la manera de atacar los principales problemas nacionales. Se trata de una cuestión inescapable en el debate del proceso electoral que se avecina frente a las condiciones apremiantes en que se desenvuelve el país y frente a la necesidad de unir a gobierno y sociedad. Los planteamientos partidarios difícilmente podrán soslayar las realidades de la desigualdad con escaso crecimiento, las limitaciones de la política exportadora frente a la renegociación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, o los remedios a la peligrosa espiral ascendente de inseguridad.

⁷ Obsérvese que, de las tres agrupaciones políticas más importantes, dos ya han designado formal o informalmente sus candidatos a la Presidencia de la República: Andrés Manuel López Obrador por Morena y José Antonio Meade Kuribreña por el PRI. En contraste el Frente Ciudadano no define su representante por estar todavía conteniendo Anaya (presidente del PAN), Moreno Valle (ex gobernador de Puebla) y Mancera jefe de gobierno de la Ciudad de México.

⁸ La desconfianza ciudadana afecta de distinto modo a las organizaciones partidarias. A título ilustrativo, el PRI escogió un abanderado no extraído de sus filas y el popular presidente municipal de Guadalajara, Enrique Alfaro, candidato a la gubernatura de Jalisco, ha rehusado contender bajo los colores del Frente Ciudadano por México a pesar de ser postulado por Convergencia Ciudadana.